

SEGOVIA

➡ Un gobierno con fines turbios ha provocado repugnancia y llamados a dar la espalda al proceso electoral.

Consecuencias de un desastre

RAFAEL SEGOVIA

No se puede creer que un alto funcionario del Estado tome tan a la ligera la muerte de más de 40 niños —una muerte atroz— y hable de un homicidio no culposo, cuando murieron todos a una edad que nos resulta insoportable. Este señor no sabía lo que decía, o lo sabía muy bien. Supo que ahí andaba involucrada una pariente del Presidente y decidió cortar por lo sano: no hay culpa, no hay más que 40 niños muertos. El viaje relámpago del señor Calderón puso por una vez las cosas en su sitio al enviar después a un alto funcionario, y esta vez de Gobernación, que se encontró con uno de los típicos cochupos de este régimen: las guarderías eran uno de los negocios de la familia Bours, junto con otros muchos. No hay nada como explotar a las mujeres proletarias, como si no se les explotara ya bastante.

El escándalo no queda en eso. Los padres de una de las criaturas protestaron porque a su retoño no le enviaron a tiempo a un hospital norteamericano, lo que costó la vida del infante. Así fue toda esta tragedia.

Se hallan otras cosas que huelen peor que ésta —aunque peor que esto no hay nada. De todos modos, encontrarse con los ilustres hombres de Garza García negociando su tranquilidad con *La Familia* mientras el Presidente sigue en su guerra con los narcos es algo que por decir lo menos sorprende. Que este señor se pitorree así de su partido explica perfectamente cuántos han negociado con el narcotráfico, lo sepa el gobierno o no, han negociado sabiéndolo el Estado y el funcionario de marras conserva su puesto y aquí paz y después gloria: los curas llaman a votar por el PAN, que según un cardenal coincide con sus ideas. Sólo le falta decir que también con las del Presidente, que se le revuelve el estómago cuando oye hablar de abajo.

Lo que puede convertirse en un desastre total son las elecciones. La campaña contra la participación viene a sumarse a la del voto en blanco. De una manera u otra sí protesta contra un sistema político que falló en todo. El PRI inventó e impuso una manera de gobernar que terminó por imponerse a la gente al convencerla de que la corrupción era admisible pues la paz y tranquilidad dominaban al garantizar las fortunas mal habidas. Traía aparejada hasta cierta forma de responsabilidad: cuántas personas conocemos que sabemos dueñas de unas fortunas vergonzosas pero no nos queremos enterar de que ese dinero es producto de operaciones delictuosas. El PAN aceptó la moral dudosa por razones de gobierno, porque para durar en un poder mal habido se refugió en donde no debía; en transacciones que dio en llamar políticas alegando la nece-

sidad de paz para llevar a cabo las reformas consideradas indispensables. Fue una manera de continuar la corrupción, como lo demuestra Garza García, aunque Martínez lo niega ya sin fuerza. Permanece la protesta de los coteráneos, más el peligro que esto representa para el PAN.

No tenemos más elecciones normales, sino unas elecciones con llamados a lo que de hecho es solicitar el abandono de todo. Estando en plena campaña no encontramos una solicitud de anulación sino el voto en blanco, un dar la espalda al proceso. Hasta ahora, esta repugnancia de la participación había sido una actitud panista, una manera propia de este partido de protestar contra las “cargadas” del PRI, contra los “carros completos” y otras manifestaciones poco democráticas. El voto en blanco, la abstención, tiene todo el tono intelectual necesario.

El PAN no ha logrado hincar el diente en el mundo intelectual de izquierdas desde las últimas elecciones presidenciales. No hay el más mínimo interés en participar en un gobierno e incluso en una sociedad de fines escondidos, tan turbios como los propuestos por quienes ahora nos gobiernan. Añádase que el Distrito Federal pertenece a la izquierda nacional. Sólo se escapa de esta preferencia Los Pinos donde los amigos del Presidente, que ocupan secretarías de Estado como tierra extraña. Lo saben pero no lo lamentan, se saben no obedecidos, ignorados cuando no despreciados, niños bien que gozan de una extraña lotería.

El México al que nos acercamos carece de carácter. No tiene ese sello peculiar que lo distinguía de todo, con su impertinencia, sus aires de superioridad, su originalidad histórica. El PAN sólo se distingue por su vulgaridad, su fracaso íntimo, su imitación de una derecha extranjera como se puede leer en el libro de Carlos Arriola: lo mismo se sienten unos hijos abandonados de Primo de Rivera y de un consejero *Opus Dei*, que de la derecha norteamericana más recalcitrante. Con eso no van lejos, pero pueden proteger a unas empresas que ya de nacionales no tienen más que el nombre. Con eso mendigan un voto que, ése sí, viene de un acuerdo con el narco, como sabe de sobra el señor Martínez. No hay ninguna novedad en el PAN, es un partido que no ha encontrado a esa clase media que podría ser su soporte como lo hemos visto en Europa. El PAN no puede ser un partido de clase.

